

La celda en la Ciudad

O invisível esconde-se no visível.

MURILO MENDES

● Va a llegar bien tarde! Sale del metro corriendo, choca aquí y allá con gente apresurada, zombis morenos y friolentos medio ocultos en bufandas y gorros. ¡Han de ser ya pasadas las nueve!, tal vez las nueve y veinte. ¿Dónde dejó ese jodido reloj? Al salir de la estación se queda un instante sobre la acera —desorientado— mirando la calle. Como hormigas cansadas ruedan hacia el sur los coches de este lado de la avenida; en medio se ven los rieles del metro y en la banda de allá los autos huyen con rabia animal hacia el norte. Cree dudar un segundo. Lo marea la extrañeza. Se acomoda la corbata, se toca el bigote y luego los lentes. Sus ojos buscan en la esquina —tan sólo a diez pasos— el puesto de revistas. Ahí se encuentra ahora una carreta de hamburguesas.

Avanza hacia la esquina, espera un momento a que pasen tres señoras con bolsas negras que penden de sus manos como

gallinas muertas o piernas de puerco, levanta la vista y ve el cielo nublado, denso, frío. Una capa de vómito gris sobre la Ciudad.

El contador dobla a la izquierda; luego de cuadra y media se detiene y entra en un edificio. El vigilante se halla de espaldas; él no lo saluda siquiera. Sanguijuela, piensa —como que la sola vista de Remigio lo fastidia; sus aires patanescos le recuerdan a un profesor odiado de la Facultad de Contaduría.

Nervioso, se para ante el elevador, pulsa el botón y al salir en el cuarto piso titubea: ¿acaso ayer remozaron la entrada? Toma hacia la derecha y empuja la flamante puerta de vidrio. Vaya que aprovecharon el domingo (se dice). Frente a la computadora del escritorio descubre a la nueva recepcionista, una muchacha alta, de ojos grandes y apariencia felina. El viernes su jefe le dijo que a partir de hoy una secretaria muy guapa tomaría el lugar de Selene. Así le gustan a Martínez, claro —piensa—: mujeronos.

Carraspea y meloso pronuncia:

—Buenos días, señorita.

La mujer lo ve apenas; se levanta y sin responderle se da media vuelta. Igual es medio sorda, él intuye. Busca su tarjeta del lado del reloj. ¿Eh?, ¿quién la habrá tomado? Abandona la recepción y se encamina hacia su cubículo.

—¿Qué se le ofrece?

Vuelve la vista; es la voz siseante de la nueva. Con arrogancia y sin decir una palabra el contador prosigue su marcha. ¡Si ella no le contestó el saludo hace un rato! Pero al poner un pie en el área contable se queda perplejo. ¿Quién es ese tipo en su escritorio? Y hasta se tomó la libertad de mover su PC. No sale de su asombro cuando desde el cubículo le lanza el intruso una pregunta: